



POR mucho turismo en vuelos «charters» que nos lleve para ganancia de «tours operators» y permanencias a dos velas de los hoteleros españoles, en el verano que acaba de finalizar, según mis particulares noticias, ha ganado también la sandía al «sandwich» por 6-1, 7-5, 6-3, 6-4 y 5-7. Verán cómo ha sido.

He cogido como experiencia una playa que aún está en la proporción «fifty-fifty»: hay cinco tías gordas con traje negro por cada tres alemanas en bikini sucinto de crochet, y cinco tíos blancuzcos en camiseta con los pantalones remangados luciendo su barriga a la orillita de la marea baja por cada cinco obreros franceses que han venido a España en su Peugeot de segunda mano, pian piandito por los miedos de un 31 de mes.

SANDIAS FRENTE A SANDWICHES

En esta playa en la que todavía hay solamente tres mil hoteles para los vuelos «charters» se han creado dos zonas bien determinadas: las tías gordas se ponen en un lado y las bikinosas en otro, delante de los hoteles. Por la mañana temprano, cuando el mar etcétera (añada el lector por su cuenta las cursilerías poéticas, caramba, que no lo va a hacer uno todo), resulta que puede comprobarse dónde han estado las tías de negro con el culo gordo y dónde las francesitas. Donde aquéllas, hay cáscaras de sandía, huesos de pollo, latas de conservas

Garavilla; donde éstas, apenas la leve pringue del bronceador que anuncian en el «Elle». Y si se coge un metro, son más extensas las arenas contaminadas por la sandía que las untadas de Ambré Solaire a forfait.

Delante de sus hoteles, los extranjeros están calladitos, tumbados, leyendo «Bild Zeitung» o una novela verde en edición de bolsillo con tía en cueros y pistolón —todo muy plastificado— en la cubierta, comiendo «sandwiches» cuando llega la hora, sin más impedimenta que la toalla de baño y colorines y la

bolsita para guardar los pocos «travellers» cheques. Campando a sus anchas, los españoles no hacen más que moverse, chillar, jugar a la pelota, dar con ella a un señor que está leyendo el «ABC», reñir a los niños, decir que se salgan del agua, inflar flotadores, plantar sombrillas, abrir hamacas, cerrar tumbonas, encender transistores y comer; los españoles van a la playa a comer; a comer bombones helados, a comer patatas fritas, a comer bocadillos, a comer ensaladas. Pero sobre todo a comer sandía, para dejar constancia histórica de su paso.

Por lo que resulta que quizá no nos dejen entrar en Europa hasta que aprendamos a estar en la playa calladitos, tostándonos, sin comer sandía. Y, por supuesto, sin tirar las cáscaras. ■ **EL SASTRE DE LA CAPA DE LUIS CANDELAS.**

